

Juntáronse los dos adelantados
A la traza por buenos deseada :
Quedaron aquel día concertados,
Después de conferida y altercada,
Pues el Almagro dió cien mil ducados
Al Alvarado por aquel armada,
Para que con aquellos se volviese
Luego sin pretender mas interese.

Volvióse, los dineros recibidos,
Solo con sus criados y sirvientes,
Y dejó cuatrocientos escogidos
Hidalgos generosos y valientes ;
A estos les llamaban los vendidos,
Mas eran tales y tan excelentes
Que los mas dellos en la paz ó guerra
Fueron los principales de la tierra.

Fué con Almagro pues el Alvarado
A San Miguel antes de su partida,
Porque Pizarro vea su recado
Y cumpla la moneda prometida.
Quedó con Benalcázar de su grado
Mucha gente de la recién venida,
Bastantes en esfuerzo y en prudencia
Para desbaratar cualquier potencia.

Destos fué Juan de Ampudia, Juan Cabrera,
Juan del Río con Baltasar su hermano,
El capitán Tovar, Muñoz Mosquera,
Luis Mideros, Florencio Serrano,
Vivos aquestos dos en esta era,
El capitán Anasco, sevillano,
Con otro primo suyo, cabal hombre,
Pedros entrambos y del mismo nombre.

Y Pedro de Guzmán, Luis de Lizana
Avendaño, Juan Muñoz de Collantes,
Martiniáñez Tafur, de quien no vana
Fama publica ser hombres bastantes,
Segun en Paria y en Maracapaná
Del Avendaño y él tractamos antes,
Sanabria de quien ya hice memoria
En diferentes partes de mi historia.

Porque de las conquistas atrasadas
Tuvimos especial conocimiento,
Y hoy vemos hijas suyas agraciadas
Que son de Tunja lustre y ornamento,
A conyugales nudos obligadas
Con personas de gran merecimiento,
De cuya virtud y ánimo constante,
Mediante Dios, diremos adelante.

La mayor dellas, doña Catalina,
Subycto de bondad enriquecido,
Que de purpúrea flor y clavellina
Posee lo mejor y mas subido,
Tiene como de tanto premio dina
Al buen Martín de Rojas por marido,
Con prendas que les son correspondientes
En virtudes y gracias eminentes.

Es en edad menor doña Luisa,
De gracias y primor verjel ameno,
Pues de lo quel humano ser divisa
Tiene sobre lo bueno lo mas bueno :
Cordura que las mas cuerdas avisa,
Y á don Diego de Vargas en su seno,
Que en jornadas desde sus tiernos años
Ha padecido pérdidas y daños.

Teniendo Benalcázar pues trescientos
Hombres en Riobamba bien armados,
Hizo de capitanes nombramiento
Valerosos y bien acreditados,
Y á Quito, donde llevan los intentos,
Revuelven muy mejor aderezados,
Yendo con ellos, desde Riobamba,
Un cacique de paz llamado Chamba.

Que debajo de buenas amistades
Hizo que se quedasen en su villa
Los impedidos con enfermedades,
Nuevamente venidos de Castilla ;
Y él recogió de indios cantidades
Con intencion, al parecer, sencilla
De les favorecer y ser propicio
En el hervor del militar oficio.

Y así con Benalcázar caminaban
Para les ayudar á sus contiendas,
Y en cualquier parte que se rancheaban
Los nuestros, ellos asentaban tiendas ;
Y allí los españoles que velaban
De noche los visitan á sabiendas,
Con sospecha de que harán mudanza,
Por ser gente de poca confianza.

Y en un rancheadero del camino,
La ronda principal de las espías
Puestas, cerca del tiempo matutino,
So color de le dar los buenos días
Hasta las tiendas del cacique vino,
Las cuales halló puestas y vacías ;
Y las personas que hacían vela
Tocan al arma vista la cautela.

Los rastros buscan hombres diligentes,
Que como van con intencion malina
Volvieran por caminos diferentes ;
Mas Juan de Ampudia que bien adivina
Huirse por matar á los dolientes,
Tras ellos con aquel temor camina
Con treinta sueltos y ocho con caballos
Que gran prisa se dan por alcanzallos.

Pasan dos rios que los detuvieron,
Y no sin riesgo toman la ribera
Contraria ; mas después tanto corrieron,
Con ser catorce leguas de carrera,
Que al Chamba con trescientos indios vieron
Cómo bajaba por una ladera
Para cortar el hilo de las vidas
A su fe fraudulenta cometidas.

Para romper los duros escuadrones
Los ocho de caballo ponen frentes ;
Llegaron á la villa los peones
Do vieron de rodillas los pacientes,
Porque sabian ya las intenciones
Que traian los indios delincuentes,
Por una india de la Nueva-España
Que supo la traición y la maraña.

Gracias inmensas dan al alto cielo
Por socorrellos en tan gran presura ;
El repentino gozo y el consuelo
Desterró la pesada calentura ;
Huyen del infiel y cruel suelo,
Vista la venturosa coyuntura,
Y el de dispusición débil y flaca
De sus debilidades fuerza saca.

Los de caballo lanzas ensangrientan
En los culpados de furor nocivo :
Todos los desbaratan y ahuyentan,
Escepto Chamba que quedó captivo,
El cual por culpas que se representan
Poco después murió quemado vivo,
Y esto tracta el obispo de Chiapa,
Pero de demasia no se escapa.

Diciendo que se hizo larga riza
Cuando Chamba con fuego fué punido,
Por relacion de fray Marcos de Niza
Informado de cosa que no vido,
Y así de la verdad quebró la triza,
Porque con Alvarado era ya ido ;
Pero su compañero fray Iodoco
Toca con gran verdad lo que yo toco.

Y aun viven hoy algunos caballeros
Cuyos dichos tenemos á la mano,
Que destos es el capitán Mideros
Y el capitán Florencio Serrano,
Varones graves y de los primeros
Que hicieron aquel imperio llano ;
Los cuales no deponen por oidas
Sino de cosas vistas y sabidas.

Llevó pues Juan de Ampudia los dolientes
Adonde Benalcázar los espera ;
A punto se pusieron combatientes
Después de recogidos á bandera,
Y para dar asientos permanentes
A Quito dirigieron su carrera,
Y comenzaron á fundar aprisco
El día del seráfico Francisco,

Año de treinta y cuatro con los cientos
Quince, que cuenta religion cristiana,
Donde se pregonaron mandamientos
Del rey de monarquía soberana,
Tomando posesion de los asientos
Ganados por la gente castellana,
Dando de San Francisco nombrada
A causa de llegar el mismo día.

Hizose de justicia y regimiento
Eleccion de personas singulares,
Y luego general repartimiento
De campos, huertas, casas y solares ;
Demás desto mortal preparamento
Contra las altas rocas y lugares,
Cuyos altores Hruminavi piensa
Ser adaptados para su defensa.

Doscientos hombres salen escogidos
A domeñar la gente rebelada ;
Quedaron ciento bien apercebidos,
Guardando la ciudad recién fundada ;
Mas porque para trances tan renidos
No se requiere pluma mal cortada,
Lo que resta, cortándola primero,
Diremos en el canto venidero.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo Sebastián de Benalcázar prosiguió la guerra contra Hruminavi y los otros capitanes de Alabaliba, que se habian alzado con el reino de Quito, hasta la muerte dellos.

Los que tienen diversas opiniones
Cuando contrarios turban su sosiego,
Y cada cual mediante divisiones
Quiere hacer cabeza de su juego,
Cercanos andan de las perdiciones
Encaminadas por juicio ciego ;
Pues por seguir particulares modos
Y no se conformar se pierden todos.

Cayeron en errores semejantes
Los del reino de Quito pretendores,
Porque, segun que ya tractamos antes,
Eran aquestos cinco ó seis señores,
Todos ellos valientes y pujantes,
Que pudieran en uno ser mejores,
Porque divisos era cosa vista
Ser de menos peligro la conquista.

Era destos el principal tirano
Hruminavi, sagaz, cruel, severo,
Y porque lo tenían mas cercano
Este quisieron allanar primero,
Pues, quebrantada su potente mano,
Lo demás se juzgaba por ligero :
Tenia capitanes de mas fuerza
Y el gran peñol de Pillaro por fuerte.

Vieron pues el altura de la Peña
Que parecia ser inaccesible ;
En lo mas alto della verde breña
Con agua y aparato conveniente,
La cual por todas partes les enseña
Ser la subida de rigor terrible,
Haciéndola muy mas inespugnable
Gente que vian ser innumerable.

En el mas riesgo las honrosas canas
De los aventajados orejones,
Todos puestos en orden por andanas
Con varias y diversas prevenciones,
Selva de lanzas, dardos y macanas,
Hondas con apropiados perdigones,
Las violentas galgas y molestas
En partes bien acomodadas prestas.

Visto por Benalcázar el derecho
Peñol cercado de dificultades,
Dijo : « Señores, al español pecho
No suelen espantar fragosidades ;
Antes para salir bien con un hecho
Basta poner en él las voluntades,
Pues como su deseo no se turba
Nunca les faltará maña ni fuerza. »

Aquesto dicho, baja del rocino
Y encaminó sus piés á la ladera,
Rodela y morrion de acero fino,
Espada do la lumbrer reverbera ;
Y cada cual se juzga por indino
De quedar en la parte mas zagnera,
Unos garrando, y otros de rodillas,
Y todos bien sudadas las mejillas.

Como los indios vieron ir subiendo
Gente que su rigor no recelaba,
Alzaron grita, y el rumor horrendo
Los montes y los valles atronaba :
Rompe los aires vagos el estruendo
Horrible, que momento no cesaba ;
Los brazos fuertes con furor se mueven ;
Espesas piedras, lanzas, dardos llueven.

No suenan tan espesos estallidos
Cuando las fuerzas de los fuegos crecen
En los espesos montes encendidos,
Que de rocío y humedad carecen,
Siendo de bravos vientos conmovidos,
Que los soplan, avivan y engrandecen,
Cuantos son los erujidos de la honda
Que suena aquí y allí y á la redonda.

Galgas innumerables van saltando,
Que los duros encuentros hacen moles,
Contra los que se vienen acercando
A los que defendian los peñoles ;
Y así quedaron del cristiano bando
Perniquebrados ciertos españoles,
Y con las otras mas pequeñas piezas
Corriendo sangre no pocas cabezas.

No por esto cesaba la porfia,
Sin se reconocer ánimo fulto,
Pues, aunque maltractados, todavía
Perseverantes van en el asalto,
Y con volantes jaras se hacia
Algun daño también en los del alto,
Y lastimándolos ó padeciendo
Antes iban ganando que perdiendo.

Aquesta rigurosa competencia
Tuvo tan espaciosa dilacion,
Quel sol queria ya hacer ausencia
Daquellos hemisferios y regiones ;
Y habian en la dura resistencia
Los indios consumido municiones,
De cuya causa tibios en la ira
Alguna parte dellos se retira.

Después, como se vió la pertinacia
De los que proseguian la subida,
Faltóles con la luz del sol audacia,
Y todos se pusieron en huida
Por parte que con miedo de desgracia
Tenian antes desto prevenida,
Para hacer desvíos mas prolijos
A tierras y montañas de los quijos.

Los españoles todos recogidos
Con los despojos en aquel altura,
A los perniquebrados y heridos
Se les dió luego la posible cura ;
Descansan de trabajos recibidos
Aquel espacio que la noche dura,
Teniendo siempre vigilante guarda
El tiempo quel aurora fresca tarda.

Y cuando descubrió su rostro rojo
Esparciendo la lumbrer matutina,
El católico campo y ortodojo
Seguir á Hruminavi determina,
Sobre bárbaros hombres quien va cojo
Debajo de custodia fidedina ;
Y como se halló fresca la huella,
Peones y caballos van tras ella.

Hallaron luego por el circuíto
Indios sin dardo, lanza ni macana,
Porque la gente natural de Quito
Tomaba armas ya de mala gana,
Y todos deseaban infinito
Amistad con la gente castellana ;
Y así, pidiendo paz, les daban nueva
De la via que Hruminavi lleva.

Siguiendo lo quel rastro certifica,
Dieron en otra parte mas exenta,
Y un peon, dicho Miguel de la Chica,
Vido cierto gandul que representa
En aquel traje ser persona rica,
Y conociendo ser hombre de cuenta,
Juzgaba que seria vano seso
No le llevar á Banalcázar preso.

Mas él se defendió como valiente,
Sin dejarse vencer del peregrino,
Y un Alonso del Valle que al presente
En Pasto tiene vida y es vecino,
Viéndolo pelear varonilmente,
Batió las piernas al veloz rocino,
Y siendo de uno y otro combatido,
Sin recibir herida fué rendido.

Este fué Hrumanivi, desgraciado
En hallarse con pocos orejones,
Al cual luego pusieron á recado
Con guarda de caballos y peones:
De su muerte no soy certificado,
Pero creo morir en las prisiones;
Y así se concluyó su valentía
Y los conceptos altos que tenia.

El fuego mitigado desta fragua
Con soplos ambiciosos encendida,
Fueron adonde está Topozopagua,
Otra roca muy mas fortalecida,
Dentro mantenimientos, leña y agua,
Aunque la gente no tan escogida,
Pero pasos mas duros y derechos
Y grandes prevenciones de petrechos.

Acometieron el dudoso fuerte
En tres ó cuatro partes divididos:
Defiéndose los indios de tal suerte,
Que quedan españoles mal heridos,
Aunque ninguno dellos fué de muerte,
Pero todos confusos y corridos
De ver en indios pertinace brio,
Y cómo su trabajo fué baldío.

Otro dia la roca se tanea
Por ver la parte menos impedida,
Pero ninguna ven do no se vea
Imposibilitada la subida,
Y, si les es posible, que no sea
Con manifiesto riesgo de la vida;
Y así lo que por fuerza no se puede
Hacer, la buena maña lo concede.

Ven cierto lado del peñol derecho,
Pero la parte baja de manera
Que por no ser altura de gran trecho
La podrian subir con escalera,
Y desde allí podrian á provecho
Caminar lo demás de la ladera:
Hicieron pues unas escalas altas,
Pero no tanto que no fuesen faltas.

Y cuando ya Morfeo, con obscuro
Sueño, cansados ojos regalaba,
Pareciéndoles ser tiempo seguro
Para subir donde se deseaba,
Las armaron al altivo muro;
Mas el remate dellas no llegaba,
Y todavía Florencio Serrano
Trabajó de llegar á lo mas llano.

Asiendo de las rugas de la roca
Con ambas manos lo mejor que pudo,
El espada pendiente de la boca,
A las anchas espaldas el escudo,
Hasta que con los pies lijeros toca
Por do poder llegar al vulgo rudo;
Luego subió tras el Gomez Fernandez,
Subyectos ambos á peligros grandes.

Después quel primer suelo se tenia
Por estos dos que nuestra ritma canta,
El resto de la gente que venia
No padecía ya fatiga tanta,
A causa de que cada cual subia
A los cabos asido de una manta,
Que los primeros con el pié quieto
Guelgan y tiran para tal efeto.

De la manera dicha, brevemente
Con el industria de las dichas telas,
Subió la mayor parte de la gente,
Sin los sentir allí bábaras velas;
A lo mas alto van incontinentemente,
A punto las espadas y rodela,
Hasta llegar al cuerpo del gentío,
Mal advertido por el mucho frio.

Acometen, y sueltan lenguas mudas
Diciendo ¡Santiago! denodados:
Las tajantes espadas van desnudas,
Y los escudos fuertes embrazados,
Las manos vengadoras y sañudas
Rompen pechos, cabezas y costados,
Sin que reserven en aquel instante
Cosa que se les ponga por delante.

Suena rumor horrible por el alto,
La voz confusa, la mortal querella:
Arma no hallan con el sobresalto,
Ni se les da lugar á jugar della;
El mas aventajado quedó falto,
Mas no de turbacion, pues que con ella
Se precipita por adonde puede
Y por donde lugar se le concede.

Bien como ciervo que temor incita
A quien tocaron ya caninos dientes,
Que huyendo de perros y de grita
Por cima de peñascos eminentes,
Dellos por escapar se precipita
Y arroja sin mirar inconvenientes,
Y libre de la boca del lastrante
La muerte que huyó halla delante:

Así los recogidos en el fuerte,
Como de noche son sobresaltados,
Huían muchos dellos de tal suerte,
O por los unos ó los otros lados,
Que con temores grandes de la muerte
Algunos perecieron despeñados,
Y muchos dellos presos y captivos
De los restantes que quedaron vivos.

Huyó Topozopagua destos trances
Con los que pudo de la muchedumbre,
Y aunque hizo sus cuentas y balances
Para volver á dalles pesadumbre,
Diéronle tan aprieta los alcances
Que lo rindieron á la servidumbre,
Y á Quingalumba y otros no menores
Que pretendian ser grandes señores.

Quisquiz restaba, cuya confianza
Fué grande prosiguiendo su porfia;
Rogóle Guaypaleon que con templanza
Pidiese paz, y como no queria,
Por los pechos le dió con una lanza,
Y así se concluyó la valentía
Del buen Quisquiz, que entre los orejones
Fueron muy grandes sus reputaciones.

Aqueste capitán (1) no fué tirano,
Sino que solamente pretendia
Restaurar el imperio de su mano
Para lo dar á quien pertenecia.
El reino pues de Quito quedó llano,
O lo que del al caso les hacia;
Y así procuran por tierras no vistas
Estender adelante sus conquistas.

Pues otra mayor trompa que Syringa
Riquezas prometia de gran fausto (2)
En tierra que se llama Quillacinga,
Donde es agora la ciudad de Pasto,
Provincia conquistada por el Inga;
Do mandan ir al capitán Añasco,
Y allí con principal gente de guerra
El comenzó de conquistar la tierra.

(1) Este Quisquiz fué capitán de Atagualpa; fué compañero de Chalcochima, y ambos prendieron á Guascar Inga, que era hijo legítimo de Guaynacpac, y lo mató. Y así fué tirano Quisquiz, y Chalcochima y Atagualpa. Y así toda esta estancia se debe enmendar si se ha de escribir lo cierto. Porque yo averigüé por justicia esta verdad y toda la monarquía de indios Ingas y conquista de españoles en tiempo del virey don Francisco de Toledo. (Nota de mano de Pablo Sarmiento.)

(2) Por fausto.

Después que con aquella gente vino
Añasco, Benalcázar inquiria
Un indio forastero peregrino
Que en la ciudad de Quito residia,
Y de Bogotá dijo ser vecino,
Allí venido no sé por qué via;
El cual habló con él, y certifica
Ser tierra de esmeraldas y oro rica.

Y entre las cosas que les encamina
Dijo de cierto rey que, sin vestido,
En balsas iba por una piscina
A hacer oblation segun el vido,
Ungido todo bien de trementina,
Y encima cantidad de oro molido,
Desde los bajos piés hasta la frente,
Como rayo del sol resplandeciente.

Dijo mas las venidas ser continas
Allí para hacer ofrecimientos
De joyas de oro y esmeraldas finas
Con otras piezas de sus ornamentos,
Y afirmando ser cosas fidedinas:
Los soldados alegres y contentos
Entonces le pusieron el Dorado
Por infinitas vias derramado.

Mas él dentro de Bogotá lo puso,
O término quel nuevo reino boja,
Pero ya no lo pintan tan incluso
En él que su distancia lo recoja,
Antes por vanidad de nuestro uso
Lo finge cada cual do se le antoja,
Y en cuanto se descubre, corre y anda,
Se lleva del dorado la demanda.

Aquí pues damos la razon abierta
De do le vino pío á la castaña,
Lo cual os vengo yo por cosa cierta,
Y lo demás que dicen es patraña;
Ansi que la tal es demanda muerta
Y fantasia de verdad estraña:
Mas bien guiada llevará la proa
Quien procurare ver lo de Manoa.

Tierra que de ninguno fué hollada,
Y reinos que demoran al oriente
De aqueste nuevo reino de Granada,
Do hallaran innumerable gente
En las costumbres bien diferenciada
Y no menos en traje diferente:
Para llegar es poca la distancia,
Y creo que será de gran substancia.

Pues en tan largos y prolifjos senos,
En el presente tiempo no sabidos,
Salvo por las noticias de que llenos
Tenemos los antiguos los oídos,
Es imposible no hallarse buenos
Algunos, y en provincias estendidos,
Del rio de Uyapar al de Orellana,
Do cae la provincia de Guayana.

Mas esta buena tierra que sospecho,
Por muchas leguas á la mar no llega,
Porque los llanos en crecido trecho
Gran multitud de rios los aniega;
Los pueblos tienen en algun repecho
Adonde la creciente no los riega;
Otros viven también en barbacoas,
Y unos y otros tienen sus canoas.

Aquesta relacion que doy agora,
Juan Martin, un soldado, la revela,
El cual es hoy vecino de Carora
En la gobernacion de Venezuela,
Y allí hizo siete años de demora
Entre gente que nunca cubre tela,
Porque sus galas son y gentileza
Pintar las que les dió naturaleza.

De don Pedro de Silva fué soldado,
Y entró con él cuando llevaba pio
De descubrir la tierra del Dorado,
Con pocos y con un solo navio
Que le quedó; y así mal aviado
Se metió por un brazo del gran rio
Del Marañón acia la mano diestra,
Que no fué para él sino siniestra.

Apartado del término marino,
Por allí subiria como treinta
Leguas, ó poco menos, de camino,
Y vista tierra que se representa
Fértil, sacó su campo peregrino,
Cuyo número fué ciento y setenta
Soldados, que dispuestos para guerra
Comenzaron á descubrir la tierra.

Pelearon con bábaras naciones,
Saliendo bien de muchas competencias;
Mas como todos eran chapetones
Y mal propicias estas influencias,
Luego cargaron indisposiciones,
Y fueron tan pesadas las dolencias,
Que dellas y de llagas y mosquitos,
Quedaron con la vida muy poquitos.

Y como ya los viese desta suerte
El natural, de piedad esquivo,
Con impetu rabioso se convierte
A que ninguno dellos quede vivo,
Y así murieron todos mala muerte,
Escepto Juan Martin, que fué captivo,
Que cuasi por grandeza lo reserva
Para servirse del esta caterva.

Lo cual hizo con toda diligencia
Al indio principal que lo tenia,
Y en cualquiera guerrera competencia,
De muchas que tenian cada dia,
En el acometer ó resistencia
La parte del contrario lo temia:
El finalmente tuvo tales modos,
Que ya por él se gobernaban todos.

Y en ardidés del militar oficio
Ninguno proveyó que no cuadrarse;
Y como no hacian ejercicio
Do con ventaja no se señalase,
Tuvo mujeres, casas y servicio
Y tierras adaptadas que labrase;
Reprehendia flojos, torpes, malos,
Hasta les dar de coces y de palos.

Al lenguaje quel bárbaro hablaba
Estuvo con oídos tan atentos,
Que ninguno mejor articulaba
La dura cantidad de sus acentos;
Y así de luengas tierras procuraba
Saber con especiales documentos,
Y desde el Marañón, do residia,
Al Viapari qué leguas habria.

Y poco mas ó menos hecha cuenta
De soles que ponian de tardanza
(Pues un sol cada dia representa,
Segun entrellos es comun usanza),
Eran sobre trescientos y cincuenta
Leguas, y numerosa la pujanza,
En medio de provincias estendidas
Hasta hoy nunca vistas ni sabidas.

Son Alagarian, Mayos, Meriones,
Pererías, Anita, Pericoros,
Donde hay innumerables poblaciones,
También Carunarota, Tapamoros,
Y otras que vienen en sus relaciones,
Mas todas ellas faltas de tesoros;
Algun oro poseen medio cobre,
Y en todo lo demás es gente pobre.

Los indios entre sí de paz remotos,
Los mas dellos traidores inhumanos,
Pues hay caribes, y hay paravocotos,
Decayos, tivuties, siyaguanos,
Hay ciaguanes y hay calamocotos,
Chapaes, atúacas, mas urbanos,
Y entre los rios dos ya memorados
Hay otros ocho todos señalados.

El uno mayormente dicho Toco,
Que cuando las arenas del mar toca
Mas poderoso va que el Urinoco,
Pues cuatro leguas largas son de boca;
Y aun el autor afirma dalle poco,
Antes su latitud no ser tan poca;
Los otros dice no venir tan llenos,
Sino que son la tercia parte menos.

Estos rios son fines y aledaños
A cada cual nacion allí poblada,
Pues como Juan Martin por tantos años
Tuviese ya la tierra tanteada,
A los que de verdad viven estraños
Determinó de dalles cantonada,
Porque le remordia la conciencia
Vivir entre tan bárbara demencia.

Y así debajo del favor divino
Y católico celo que lo incita,
Tentó peligrosísimo camino
De bestias fieras y nacion maldita,
A fin de se llegar por aquel tino
Acia la Trinidad y Margarita,
Pues los indios á ellas comarcanos
Le darian noticia de cristianos.

Que bien podia sin pedir licencia
Salir del pueblo siempre que queria;
Y así mil veces hizo del ausencia
A rescatar por una y otra via,
Mediante la sutil inteligencia
Que del lenguaje bárbaro tenia,
Yendo y viniendo sin tener mas cuenta
Con él que con cualquiera que se absentá.

Siendo pues desta suerte libertado,
Cuando tenían del menos sospechas,
Untóse de betumen colorado,
Y armóse de macana y arco y flechas:
El hayo y el poporo preparado,
Con las demás costumbres contrahechas,
Y en traje y apariencia de salvaje,
Puso descaltos piés en el viaje.

Invocando la Majestad divina
Del alto Criador de tierra y cielo,
Y á la que los errados encamina,
Quiera romper el tenebroso velo
Llevándolo de tierra tan malina
A parte de católico consuelo;
En la cual oracion perseverante,
De nacion en nacion pasó delante.

Vióse con gentes de crúel motivo,
Donde no reparó por ser bellacas,
Y donde fué milagro quedar vivo
Segun llevaba ya las fuerzas flacas:
Al fin pudo llegar á Vesequivo,
Rio que está poblado de aríacas
De noble condicion, y aunque guerreros
Tractan con caridad los estrañeros.

Acariciaron bien al indio estraño,
Entre los cuales seis meses habita,
Por ser esta nacion libre de engaño,
Que á quien le pide paz no se la quita;
Y como suelen estos ir cada año
En sus piraguas á la Margarita
A rescatar con gente bautizada,
Allá se fué con la primer armada.

Llegados á la isla que refiero,
En el puerto saltó hecho salvaje
Con la postura y el meneo fiero
Que suelen los que son deste linaje;
Y fué, tomada tierra, lo primero
Ir á la iglesia con el mismo traje,
Y ante el altar hincado de rodillas,
Con lágrimas regando las mejillas.

Dijo, hablando lengua castellana:
«Bendito seais vos, Redentor mio,
Y vuestra Madre, Virgen Soberana,
Que sin yo merecer favor tan pio,
Me trajistes á caridad cristiana
De las tinieblas del bestial gentío.
¿Qué gracias, qué alabanzas, qué servicio,
Haré por tan supremo beneficio?»

«A este vuestro siervo sin provecho
Invalde, Señor, divino cebo,
Santa sinceridad, un limpio pecho,
Puras entrañas, un corazón nuevo,
Para que por el bien que me habeis hecho
Os sepa dar las gracias como debo,
Pues mi talento nada bueno tiene
Si de vuestras alturas no me viene.»

Oyendo decir cosas semejantes
A indio que traía pampañilla,
Y razones tan vivas y elegantes
En bien cortada lengua de Castilla,
Luego le rodearon circunstantes
Para saber aquella maravilla,
Y en un momento templo y sacristia
De gentes admiradas no cabía.

Al razonar están bocas abiertas,
Y él dijo: «Por amor de Dios os pido
Que mis curtidas carnes descubiertas
Las honesteis, señores, con vestido,
Porque después, de cosas que son ciertas
Podré satisfacer al buen oído;
Pues el que viene desde el rio Toco
Lo mucho no podrá decir en poco.»

Mas antes de decir estas razones,
Como su propia vista los avisa,
Uno venía ya con los jubones,
Otro con zarafuelles y camisa,
Otro con sayo, capa y otros dones,
Para lo componer á nuestra guisa;
Y su persona toda reparada
Le dieron muy á gusto la posada.

Después dió cuenta de su perdimiento
En busca y en demanda del Dorado,
Que no tiene ni tuvo fundamento
Otro mas del que tengo declarado;
Algunas cosas mas de las que cuento
Dice, de que no soy bien informado,
Mas sé de cierto que no certifica
Nueva ni relacion de tierra rica.

En un sola relacion estriba:
Quel aríaca para su ganancia
Navega por los rios muy arriba,
Camino de grandísima distancia,
Donde no falta gente que reciba
Su contracto por cosa de importancia;
Y destas ferias, tractos y rescates,
Traen oro de hasta diez quilates.

Van por los rios que les son anejos,
Do tienen sus perpetuas poblaciones;
Y segun en la mar hacen los dejos,
No me parece fuera de razones
Juzgar que se derivan de muy lejos,
Regando diferencia de regiones;
Y donde Juan Martin morada hizo
En los inviernos es anegadizo.

Y aunque solian ir á hacer guerra
Por los campos enjutos en verano,
Y entraban muy adentro por la tierra
Todos los años con armada mano,
Nunca jamás pudieron ver la sierra
Que norte-sur perlonga por el llano,
Adonde de Manoa y de Guayana
Creemos la noticia no ser vana.

Ansi que por aquellas vecindades,
Tengo por cosa muy averiguada
Que hallará cien mil dificultades
El que tentare de hacer entrada,
Y grandísimas las comodidades
Desdeste nuevo reino de Granada;
Pues de la falda del, teniendo tino,
No son doscientas leguas de camino.

Tener tal opinion por cosa cierta
A nadie le parece desvario,
Pues sabemos volverse de la puertia
El capitán Antonio de Berrio,
Porque para hacella mas abierta
Llevaba de soldados mal avío;
Y así le pareció que convenia
No proceder con poca compañía.

Año de ochenta y cuatro, por enero,
Deste reino salió con cien soldados,
A las espensas deste caballero
La mayor parte dellos aviados,
La via del oriente que refiero,
Por campos de español nunca hollados
(Quiero decir aquella derescera),
Y así pudo ver otra cordillera.

Pasó los rios Pauto, Cazanare
Y al de la Candelaria dicho Meta,
A Dubarro, y á Daume y al Guayare,
Con otros que mi pluma no decreta;
Pero tiempo verná que los declare
Con relacion que sea mas aceta,
Pues el Dorado por andar avieso
Nos ha hecho sacar este digreso.

Yendo pues el Antonio de Berrio
Por donde nunca fué cristiana gente,
No sin escaramuzas del gentío
Mas acá de la sierra residente,
Antes della topó con el gran rio
Barraguan, sobre todos prepotente;
Y así, para pasar tan largo trecho,
Hicieron barco grande muy bien hecho.

A su ribera juntos y cercanos
Por el barco hicieron asistencia,
Estando de la sierra comarcanos
Siete leguas segun el apariencia:
Había dellos ya muy pocos sanos,
Porque prevalecia la dolencia,
Y para procurar llegar á ellas
Hacían los enfermos grandes mellas.

Todavía Berrio con la gana
De ver aquellos senos abscondidos,
Escogió de la gente castellana
Catorce de los menos impedidos,
Y á pié, por no ser ya la tierra llana,
Anduvieron cansados y perdidos,
Y sin poder romper las espesuras
Se volvieron con recias calenturas.

En estas atrevidas estaciones
Gastó diez dias en ida y venida:
Quizá fueron divinas provisiones
El no hallar camino ni subida,
Pues á dar en algunas poblaciones
Ningunos escaparan con la vida,
Y cuando revolviéron al asiento
Iban enfermedades en aumento.

También en el temor eran iguales,
Pues para proceder todos temblaban,
Viendo la multitud de naturales
Que por entré los rios les quedaban,
Y pasada la sierra, y principales
Noticias que captivos indios daban,
Señalando con mil admiraciones
Bárbaros diferentes en naciones.

Y Alvaro Jorge, capitán prudente,
De quien yo tengo llena confianza
No ser en escrulínios negligente
Ni tener en sus cosas destemplanza,
Informándome del, dice que siente
Haber tras de la sierra gran pujanza,
Segun un su captivo le decía,
Al cual prendieron por aquesta via.

Uno que por su honor quiero callarlo,
En un encuentro de sangriento duelo
Batió las piernas por alanceallo,
Y el bárbaro gallardo sin recelo
Abrazóse con el veloz caballo,
Y con el caballero dió en el suelo:
Acudieron peones al combate
A socorrello porque no lo mate.

El indio, la macana levantada,
Sin muestra de temores los espera,
Rebatiendo cualquiera cuchillada
Librada por la gente forastera;
Mas uno dellos con un estocada
Las tripas al gandul echó de fuera,
El cual con una mano las metía,
Y con otra, de tres se defendía.

Alvaro Jorge, vista la refriega
Y el bárbaro feroz cuán bien se vende,
Batió las piernas y á caballo llega
Adonde el aguazavara se enciende,
De tal manera, que con él se pega
Y de los españoles lo defiende;
Al fin sin acaballo fué rendido
Y con piadosa cura socorrido.

Pues usando de próvida clemencia
Alvaro Jorge, noble lusitano,
Tuvo tan cuidadosa diligencia
Que dentro de ocho dias quedó sano;
Y gran tiempo después de la pendencia
El lo tuvo debajo de su mano,
Haciéndole regalos y caricias,
Y así coligió del muchas noticias.

Dijo como verán á la vertiente
De aquella sierra poblacion crecida,
Y un rio mas allá cuya creciente
Anihila la mas engrandecida,
Y otra sierra después mas eminente
Adonde hallaran gente vestida;
Y el agua grande dijo que se llama
Manoa, que es Guayana segun fama.

Refrescó demás desto los oídos
Con nuevas ya tractadas aunque raras,
Y son, de las mujeres sin maridos,
Armadas con aljabas y con jaras;
Y por naturaleza proveidos
Hombres, en la cabeza, de dos caras (1);
Y en indios de los llanos la conseja
Es cosa no moderna, sino vieja.

Porque también afirman indios viejos
Haber vecinos en aquel paraje
Que en barbas y cabellos son bermejos,
Diferentes deste comun linaje,
Valientes y mas vivos en consejos,
Mas pura desnudez su propio traje,
Solo cubrían partes vergonzosas:
Esto decía y otras muchas cosas.

Que por no ser palpables ni visibles,
Sino con turbio velo de estrañeza,
A todos nos parecen increíbles,
Y no dudar en ellas es torpeza;
Pero muchos sospechan ser posibles,
Pues las puede hacer naturaleza;
Y destas ponen hartas los autores
Antiguos, en espanto no menores.

Y así, pues que me viene tan á mano,
Quiero deciros una cosa estraña
Afirmada por hombre baquíano
De quien puedo creer que no me engaña,
Y es Melchior de Barros, lusitano,
Soldado de Pirú y de Nueva-España,
Al cual tengo por huésped de presente,
Y vido por sus ojos lo siguiente:

Seria por el año de setenta,
Quando, de gente y armas pertrechado,
Salió del Cuzco por buscar mas renta
Juan Alvarez, que llaman Maldonado;
Y en el entrada donde se presenta,
No mucho de los Andes apartado,
De los pigmeos que la fama siembra
Captivaron un macho y una hembra (2).

Y por ser mas veloz en la buida
Quel marido la minima zagala,
Alcanzóla de lejos impelida
De salitrosos fuegos una bala:
La miserable dió mortal caída,
Sin ella merecer obra tan mala;
Viendo quien la hirió de sí cercano
Tapábase la vista con la mano.

Con voz en sumo grado delicada,
Segun persona de razon se queja;
Pero de tal manera pronunciada
Que cosa que perciba no le deja:
En su tamaño bien proporcionada,
Y al rostro suyo perfeccion aneja,
Tal, que no le faltaba hermosura,
Y un codo poco mas el estatura.

(1) Estos son los Isca-cingas, que quiere decir dos narices y no dos caras.

(Nota de mano de Pablo Sarmiento.)

(2) No hubo tal cosa, que yo estaba allí, y Juan Alvarez Maldonado en Lima.

(Nota de mano de Pablo Sarmiento.)

El compañero que quedó cautivo
Entre las castellanas compañías,
Al Cuzco lo mandaron llevar vivo,
Y allá murió dentro de quince días,
Callado, congojoso, pensativo,
Aunque lo regalaban por mil vias:
Allí llaman á estos sachalunas (1),
Y no pudieron ver otras algunas.

Deste paraje donde los hallaron
(Que fué de los haber muestra bastante),
Por río, dicho Magno, navegaron
Mas de doscientas leguas adelante;
Y en cierta playa donde ranchearon
Para mirar la tierra circunstante,
Del campo salen con Diego de Rojas
Once con arcabuces y con hojas.

E yendo por un arboleda clara,
Limpio suelo, los árboles lejanos,
Y tan altos que apenas una jara
Pasara sus estremos soberanos:
El pié del uno no se rodeara
Con diez hombres asidos de las manos;
A cuya sombra fresca y espaciosa
Una vision estaba monstruosa.

Salvaje mas crecido que gigante,
Y cuyas proporciones y estatura
Eran segun las pintan en Atlante,
De hombre natural la compostura,
En el hocico solo discrepante,
Algo largo y horrenda dentadura,
El vello cuasi-pardo, corto, claro,
Digo no ser espeso, sino raro.

De fudoso baston la mano llena,
El cual sobrepujaba su grandeza,
Pues era como la mayor entena
Y del cuerpo de un hombre la grosseza;
Y aqueste meneaba tan sin pena
Como caña de mucha lijereza:
Hermafrodito, porque los dos sexos
Le vieron no mirándolo de lejos.

Yendo Rojas delante sin sospechas
De tal encuentro, los de retraguada,
Viendo moverse piernas tan mal hechas,
A grandes voces dicen: ¡guarda, guarda!
Apuntan los cañones de las mechas
Impelen luego la pelota parda,
Y todos, por tener ancho terrero,
Acertaron á dar al monstro fiero.

Cayó con el baston en tierra dura,
Rompiendo con baladros vagos vientos,
Y el dicho Melchior de Barros jura
Que hizo la cercana sentimientos
Con temblores, y al tiempo que procura
Levantarse, cebaron instrumentos
Con uno y otro tiro penetrante,
Estorbando que mas no se levante.

Del aliento vital desamparado,
Mandaban un soldado diligente
Con avisos al dicho Maldonado
Que la monstruosidad le represente;
Mas túvose después por acertado
Que vuelvan todos ellos juntamente,
Y así fueron al campo detenido
A dalle cuenta de lo sucedido.

Movido por los ciertos mensajeros
A ver tan monstruosos animales,
Vino con treinta y dos arcabuceros,
Mas no hallaron mas que las señales.
De la sangre, con los reholladeros
De rastros en grandeza tan iguales,
Y segun pareció por las florestas
El defunto llevaron á sus cuevas.

Caminan por el rastro que seguido
Subió acia la sierra que frontera
Tenian, en la cual oyen rúido
Tan grandé, que temblaba la ladera:
Juan Alvarez, que tal estremo vido,
A todos les habló desta manera:

(1) Sacharunas son hombres salvajes, y son grandes y vellosos.
(Nota de Pablo Sarmiento, quien enmienda Sachalunas por Sacharunas.)

«No vengo yo, señores, á contienda
De monstros, mas de gente que me entienda.

»Volvámonos en paz á buscar tierra
Donde hallemos racional cultura,
Porque meternos en aquesta sierra
Páreceme grandísima locura.»
Porfiaban con él que no se yerra
En dalle conclusion al aventura;
Mas él los increpó de gente suelta,
Y así con todos ellos dió la vuelta.

Aquí no contaremos el suceso
Que tuvo su larguísima carrera,
Por relatar el mas largo proceso
De nuestro Benalcázar, que me espera,
Y me hizo sacar este digreso
Para decirnos que en aquella era
Se levantó la fama del Dorado
Por lo que ya dejamos declarado.

Páreceme que doy justas excusas;
Y si salieron otras digresiones
Que en el discurso desta van inclusas,
Enlázanse razones de razones,
Que cumple para no quedar confusas
Alargarnos en las declaraciones;
Pues en comedias suelen muchas veces
Entremeter graciosos entremeses.

Y pues pasaron estos, razon manda
Tentar otro viaje mas prolijo,
Y es el de Benalcázar, el cual anda,
No sin solicitud y sin cojiijo,
Aprestándose para la demanda
De lo quel indio de Bogota dijo;
Y por ser cosas de gustoso cebo
Su principio será con canto nuevo.

CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo Benalcázar procuró llegar á sí el número de españoles que le fué posible para ir en seguimiento de la noticia que de Bogotá le dió el indio que halló en la ciudad de Quito, y lo que aconteció en aquel viaje á él y á sus capitanes.

Si pudiesen por letras ser patentes
Los pasos por do fueron los primeros,
Escelsas cumbres, sierras eminentes,
La brava multitud de los guerreros,
Pornian en espanto los presentes
Y en gran admiracion los venideros,
Y ternian por hechos soberanos
Aquellos que resultan de sus manos.

Mas como los que vienen nuevamente
Hallan ya por allí meson y venta,
Guisada la comida, y el sirviente
Humilde para lo que les contenta,
Nada, viendo no mas de lo presente,
De lo pasado se les representa;
Y así no corte mas baja moneda
Que quien lo conquistó, si vivo queda.

Y no fué cada cual, á lo que veo,
Menor en allanar dificultades,
Quel nieto validísimo de Alceo,
Celebrado de las antigüedades;
Porque no son las del leon Nemeo,
Sino mayores monstruosidades,
Y si los tales eran hechos buenos
No fueron los de Benalcázar menos.

El cual, dispuesto para la jornada
Que vistes en la rhitma precedente,
A la ciudad volvió recién fundada
Del dicho San Miguel á buscar gente,
Dejando con caballos aviada
Aquella que tenia de presente,
Con Ampudia, que luego hizo via
A Pasto, donde Añascó residia.

Fué Juan de Ampudia del obedecido
Por general, supuesto que traia
Buenos recados y poder cumplido
Del dicho Benalcázar, que lo invia:
Cada cual dellos pues apercebido,
Y el indio que dijimos siendo guia,
A Bogotá dirigen su cuidado
En busca y en demanda del Dorado.

Anduvieron gran número de dias,
Rompiendo por montañas deshabitadas,
Tristes, lluviosas, cenagosas, frias,
De luz y de salud desamparadas,
De por medio las altas serranias
Y cordillera de sierras nevadas,
Que dividen la poderosa vena
Del río Cauca y de la Magdalena.

Viendo cómo la gente perecia
Y que la tierra daba mala muestra,
A todos pareció que convenia
Ir declinando acia la siniestra
Mano; mas aquel bárbaro porfia
Que su Dorado dejan á la diestra,
Y ellos huyendo de los despoblados
A Cibundoy salieron mal parados.

Provincia que tenia sus terrenos
De buenos alimentos proveidos,
Donde llegaron ya caballos menos
Y algunos españoles fallecidos:
Reformáronse pues en estos senos,
Estando veinte dias detenidos,
Desde donde salian en cuadrillas
A descubrir las mas cercanas villas.

Destos una guerrera compañía
De fuertes caballeros y peones
Descubrieron el valle de Patia,
Adonde vieron buenas poblaciones
Y gente bien armada, que venia
Con brazaletes, pectos, morriones
Y otras diversas joyas de oro fino,
Agradables al campo peregrino.

Rodearon con redes las zavasas
Para tomar con ellas los caballos:
Los nuestros, como viesan partes llanas,
Do pueden á su gusto meneallos,
Jugaron de las astas castellanas
Sin temor de las redes ni trasmallos;
Y así caidos como los enhiestos
Quedaron de sus joyas descompuestos.

Conclusos los guerreros movimientos
Y vencida la bárbara braveza,
Recogieron aquellos ornamentos
Y á Cebundoy volvieron con presteza,
Alegres, placenteros y contentos
Por ser indicio de mayor riqueza;
Y así todos entraron en Patia
Para ver los secretos que tenia.

Asentaron real en los ejidos
Para se defender acomodados,
Y tres dias después de ser venidos,
Estando del asalto descuidados,
Fueron de multitud acometidos
No menos que por todos cuatro lados,
Cada cual indio con pavés de danta
Que cubre de los piés á la garganta.

Los rostros con pinturas espantables,
Muestra de la braveza de sus pechos,
Caribes, carniceros, detestables;
Lanzas y dardos eran los pertrechos
Que defensivos hacen penetrables,
Por ser de palma, duros y bien hechos;
Un rúido feroz, un ronco canto
Que no dejaba de causar espanto.

Escuadras á su modo bien compuestas,
Regidas por caudillos principales;
Sobre coronas de oro van enhiestas
Plumas y colas de otros animales;
Gran número de redes dejan puestas
En los caminos y cañaverales,
Con todos los avisos y recados
Que suelen en las cazas de venados.

Porque si de sus manos escapase
O ya caballo, ya peon lijero,
Allí se detuviere y ocapase
En los opuestos lazos del sendero,
Y gente que los pasos reguardase
Y en ellos prevenido carnicero,
Que cuando cae la fugace caza
Con mano liberal la despedaza.

Reparte pues Ampudia sus soldados
Con la presteza que se requeria:
Salen los caballeros bien armados
Al lado cada cual que le cabia;
Ciento y setenta son los señalados
De peones y de caballeria,
Y de los enemigos diligentes
Sobre tres mil robustos combatientes.

De las robustas y violentas manos
Ya los jáculos vuelan á porfia,
En partes rasas y lugares llanos,
Segun el español apetecia;
Aumentáanse les golpes inhumanos,
Suena la descompuesta voceria,
Pelea cada cual donde se balla,
Sin ver quién hace mas en la batalla.

Porque de tantos eran rodeados,
Que no se dejan ver hazañas bellas;
Bien como muchedumbre de nublados
Impide claridad de las estrellas,
Hasta tanto que son abuyentados
Por secos vientos y parecen ellas:
Así no ven la gloria ni la injuria
Hasta que ya pasó primera furia.

El de caballo rompe y atropella
Cambiando aquí y allí lanza no tarda;
El brioso peon sigue su huella,
Que con gran vigilancia lo reguarda;
Cada cual en su puesto hace mella
Por la gente que via mas gallarda:
Rompe los aires vagos con gemidos
La grande multitud de los caidos.

Hierva la furia, crece la matanza,
Como lobos entre balantes reses,
Anda lista la punta de la lanza,
Apresurados pasos y reveses;
Huellan los de católica crianza
Por cima de los dardos y paveses;
Y bárbaros que dellos tienen usos
Revueltos, descompuestos y confusos.

Finalmente, la gente baptizada
La priesa que les dió fué de manera
Que la bárbara, vil y desalmada
Tuvo por bueno de salirse fuera
Del compás que tenia la llanada,
Teniendo por mejor una ladera;
Y así pusieron tierra de por medio,
Que fué lo principal de su remedio.

Repararon las gentes españolas,
Ya deseosos destos intervalos,
Pero dos con caballos á sus solas
Fueron tras ellos, y en los pasos malos
Indios les echan mano de las colas,
Y allí les daban infinitos palos;
Y si tan presto no los socorrieran
Ellos y los caballos perecieran.

Desta manera Florencio Serrano,
Por quitar á dos indios los joyeles,
A pié tras ellos fué, mas ya cercano
Revuelven contra él como lebreles,
Con paveses y dardos en la mano,
Segun suelen aquellos infieles:
No le bastó rodela ni reguardo
Para que no lo hieran con un dardo.

Pegáronse con él, vista la llaga,
Rebatiendo con furia sus pertrechos,
Para que con humana carne haga
Los carniceros vientres satisfechos;
Aprovechóse presto de la daga,
Atravesando los caribes pechos:
Escapó dellos y de la herida,
Y en el presente tiempo tiene vida.

Alguna gente de caballo vido
Aquel conflicto y afliccion notoria,
Y no pudo ser dellos socorrido,
Por no hallarse via transitoria:
Al fin él, puesto caso que herido,
Volvió con ricas joyas y victoria;
Y todos sin mortifera querrela
Allí tuvieron razonable pella.